

dirigen las dos más importantes escuelas universitarias de periodismo, revistas de arte y de actualidad; son ejecutivas en grandes empresas industriales, comerciales y bancarias; se destacan en la educación y en los deportes. Por eso, el erotismo tampoco puede ser patrimonio exclusivo de los hombres, sobre todo si se considera que para el amor se necesitan dos, de trincheras opuestas, por cierto, con las mismas atribuciones para tomar iniciativas. Y Marjorie Agosín lo demuestra sin reticencias. En su libro *Hogueras* hay bellos poemas, de un suave lirismo, con sorprendentes e inesperados hallazgos que nos conducen a través de una atmósfera de rítmicas vibraciones. Así acontece en *Cartas*: “Un antiguo asombro, unas luciérnagas muertas,/ se escurren entre las cartas de agua, entre las hoja de la vida./ ¿Cómo contarte de cartas y de adioses dentro de una gota de ausencia?/ ¿Cómo hablarte dulce mío del territorio del fuego en una palabra?”.

Juega Marjorie Agosín con graciosas ironías en los poemas *Nueva versión del paraíso*, *Tríptico y Mitades*. Luego nos lleva por senderos volcánicos que nos mantienen en tensión como en *Deseo*, *Las faldas*, *La pieza oscura*, *El ritual de mis senos*, dedicado a Neruda. En *Familias* medita con reflexiva angustia: “Ardemos en la memoria/ de todos los que han sido/ terror de salvajes incertidumbres/ amor de benignas hogueras”.

Cuando la tranquilidad del reposo sentimental se cubre de armonías surgen las metáforas: “Los sonidos del otoño son sahumerios amarillos”, “encendemos las luces del aire, las luciérnagas del segundo inconcluso”. Pero resulta poco heroico un Robin Hood que le “hacía cosquillas con las plumas verdes de su sombrero”.

“Preferías hacer el amor entre los zapatos”, le reprocha a alguien que tal vez desconocía el verso de Góngora: “A batallas de amor, campo de plumas”.

El machismo tiene que batirse en retirada ante Marjorie Agosín, reconociendo que ha logrado trazar un sendero muy definido, de gran temperatura, como diría Pablo de Rokha. En un solo verso resume sus escarceos de alegre caracola iluminada: “Todo se vuelve fiesta cuando me desnudas”.

TITO CASTILLO

<https://doi.org/10.29393/At453-454-55OCTC10055>

OXIDO DE CARMEN

De Ana María del Río Correa

Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986

El título de este libro corresponde a la novela corta con la cual Ana María del Río Correa obtuvo este año 1986 el Premio María Luisa Bombal, que otorga anualmente la Municipalidad de Viña del Mar. La autora de *Oxido de Carmen* es un ejemplo de los buenos resultados que obtienen algunos talleres literarios a donde llega gente con intenciones de escribir en verso o en prosa. Claro es que no bastan los deseos de ser escritor. Se necesita ese factor imponderable que se llama vocación, “pasta”, materia

prima indispensable para elaborar un argumento y darle interés al relato con una personalísima alquimia. Esto no lo enseña ningún taller.

Veamos primero quién es Ana María del Río. Nació en Santiago de Chile en 1948. Estudió Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica. En 1979 escribe diez cuentos que lleva al taller dirigido por José Luis Rosasco, avezado novelista, donde es bien recibida. Su primer libro *Entreparéntesis* es objeto de positivas críticas. Después gana una serie de premios para culminar con el galardón viñamarino que es una especie de consagración. Con una hermosa portada surrealista de Andrés Julian, el libro ha sido publicado por la Editorial Andrés Bello. ¿De qué se trata? De una extraña familia formada por personajes en que el único cuerdo parece ser la vieja abuela que de vez en cuando acude al banco para gestionar transacciones que le ayudan a "afirmar" a su hijo. Hay cosas inconfesables, apenas insinuadas, en este singular grupo familiar. Pero el verdadero hilo conductor está en las tentativas incestuosas de dos medio hermanos, que no alcanzan a consumar sus relaciones por verse sorprendidos por la beata tía Malva.

Primero son amores puros, atracciones espontáneas que luego se van acentuando y adquiriendo otra dimensión, debido a la fogosidad de Carmen, que en cierto momento empieza a razonar como una mujer experta. Viene después el exorcismo para expulsar al demonio de ese cuerpo ardiente, la penitencia y el arrepentimiento con ayunos y autotortura hasta la muerte. El hermano, convertido en profesional y en funcionario, sigue viviendo con el persistente recuerdo de su amada de la niñez y de su frustración. No puede sepultar la inquietante imagen, y sus prolongados silencios constituyen un atractivo para las mujeres que conoce. Carmen vigila, como si estuviese presente, con su perfume, su "silueta gatuna", para rememorar escabrosas escenas de lo prohibido que no alcanzó su plenitud. Es el óxido que corroe el alma. Hay en esta novelita (tiene apenas 63 páginas en tipo grande) muchos elementos que podrían transformarla en una novela mayor. Todo está tratado apresuradamente, a la carrera, en un estilo ágil, pero dando saltos, tal vez por el afán de encuadrarse dentro de las bases del concurso. Tiene una mezcla de narrativa tradicional y de "la nueva ola", con algunos exabruptos que no se justifican junto a ciertos brillantes hallazgos líricos. Es un pequeño y patético carnaval de padres que abandonan a sus vástagos sin un gesto de remordimiento, con parientes tarados. Un equívoco profesor de música es levemente insinuado, y también queda en la sombra una misteriosa dama recluida "en el fondo de la casa". Nos quedamos con la impresión de que la autora planificó su obra como una dueña de casa que se dispone a confeccionar una torta y coloca en la mesa todos los ingredientes. Mientras consulta el recetario se pregunta a cada rato, ¿qué hago con esto?, y lo bate, a ver qué sale.

Dice la presentación que Ana María del Río trabaja en el día y escribe en la noche... A lo mejor ahí está la explicación. Ella exhibe innegables condiciones de narradora, pero en este caso, como los apagones son frecuentes, le falló en algún instante la luz para darle un poquito más de punto al merengue.

TITO CASTILLO